



Joaquín Estefanía
La economía
del miedo

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

© Gorka Lejarcegui, *El País*

Joaquín Estefanía Moreira es licenciado en Ciencias Económicas y en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid. Ha ejercido desde 1974 como periodista en distintos medios de comunicación. Desde 1988 hasta 1993 fue director de *El País*; durante los siguientes tres años fue director de Publicaciones del Grupo PRISA y director de La Escuela de Periodismo Universidad Autónoma de Madrid/*El País*, cargo que sigue desempeñando actualmente así como el de director de la Cátedra de Estudios Iberoamericanos Jesús de Polanco. De 1996 a 2002 fue director de Opinión del mismo periódico. Es premio Europa de Periodismo por su defensa, al frente de *El País*, de las libertades democráticas; y premio Joaquín Costa de Periodismo, por sus trabajos sobre la deuda externa de América Latina. Entre sus libros destacan *Contra el pensamiento único* (Taurus, 1997), *Aquí no puede ocurrir. El nuevo espíritu del capitalismo* (Taurus, 2000), *Hij@, ¿qué es la globalización? La primera revolución del siglo XXI* (Aguilar, 2002), *La cara oculta de la prosperidad* (Taurus, 2003), *La mano invisible. El gobierno del mundo* (Aguilar, 2006), *La larga marcha* (Ediciones Península, 2007).

Alguien escribió una alegoría. En ella, la Gran Recesión dice a los perdedores: lamentamos sinceramente el destino que habéis tenido, pero las leyes de la economía son despiadadas y es preciso que os adaptéis a ellas reduciendo las protecciones. Si os queréis enriquecer debéis aceptar previamente una mayor precariedad.

Este es un libro de economía política que polemiza con esa falsa salida a la crisis. Para conseguir el control social de la misma se ha instalado «la economía del miedo». Este –que siempre ha sido un fiel aliado del poder– adopta rostros inéditos: ya no se trata de los temores tradicionales, que siguen existiendo, sino del miedo al «otro», al que viene a disputar los pocos empleos, a la inseguridad económica, a una distribución de la riqueza cada vez más regresiva y, sobre todo, el miedo a que nuestros representantes, aquellos a los que hemos elegido para que nos ayuden a resolver los problemas públicos, no puedan hacerlo porque las decisiones ya no se toman en los parlamentos, sino en otros territorios alejados, oscuros e impersonales. Se ha multiplicado el poder fáctico de los mercados. El dibujante El Roto lo ha resumido en una viñeta que decía: «Tuvimos que asustar a la población para tranquilizar a los mercados».

Los ciudadanos temen que sus hijos vayan a vivir peor que ellos. Y estos últimos opinan que el sistema que no les acoge con normalidad es fallido, corrupto, indiferente e irresponsable.

Un siglo después, ha vuelto el debate sobre el equilibrio entre la democracia y el mercado.

A la memoria de mis padres

A Javier Pradera, el maestro, el amigo

Prólogo

EL CAPITALISMO TIENE LOS SIGLOS
CONTADOS

El economista francés Jean-Paul Fitoussi escribió una alegoría. En ella, la crisis dice a los perdedores: «Lamentamos sinceramente el destino que habéis tenido, pero las leyes de la economía son despiadadas y es preciso que os adaptéis a ellas reduciendo las protecciones que aún tenéis. Si os queréis enriquecer debéis aceptar previamente una mayor precariedad; este es el camino que os hará encontrar el futuro».

Este es un libro de economía política que polemiza con esa falsa salida ideológica a la crisis. Para conseguir el control social de la misma se ha instalado «la economía del miedo». A principios del siglo XXI, el miedo –que siempre ha sido un fiel aliado del poder y un arma de dominación política y social– adopta rostros inéditos: ya no se trata de los temores tradicionales (a la muerte, la enfermedad, las catástrofes naturales, al terrorismo) que siguen presentes entre nosotros, sino del miedo al «otro», al que viene a disputar los pocos empleos existentes y los beneficios del Estado del Bienestar, a la inseguridad económica, a una distribución de la renta y la riqueza cada vez más regresiva y, sobre todo, el miedo a que nuestros representantes, aquellos a los que hemos elegido para que nos ayuden a resolver los problemas públicos y comunes, sean impotentes porque las decisiones ya no se toman en los establecimientos habituales de la democracia (los parlamentos), sino en otros territorios alejados, oscuros e impersonales. Ha nacido el poder fáctico de los mercados. El dibujante El Roto lo ha

resumido en una viñeta que decía: «Tuvimos que asustar a la población para tranquilizar a los mercados».

Y estos, aprovechando la Gran Recesión, tienden a reducir los beneficios sociales, los derechos y las conquistas que nos hicieron triplemente ciudadanos (civiles, políticos y económicos o sociales) durante los últimos tres cuartos de siglo. Lo que Hannah Arendt llamaba «el derecho de la gente a tener derechos». Hay un extraordinario retroceso sustentado en la falsa alternativa entre eficacia y solidaridad. En este sentido, la Gran Recesión tendrá consecuencias telúricas tan significativas en el terreno de las ideas y de la composición social como la revolución conservadora de los años ochenta, la caída del Muro de Berlín y del socialismo real en los noventa, o los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y Washington. El que fue presidente de la Reserva Federal, Alan Greenspan –considerado por muchos uno de los principales responsables de las burbujas que al estallar generaron una crisis que estaba embalsada– manifestó hace poco tiempo que permanecía en «estado de conmoción» porque «todo el edificio intelectual se ha hundido».

Los ciudadanos del Primer Mundo temen que sus hijos vayan a vivir peor que ellos y se interrumpa el concepto del progreso. Y estos últimos, afectados por un insoportable desasosiego, altas tasas de paro y precariedad, opinan que el sistema que no les acoge con normalidad es fallido, corrupto, indiferente e irresponsable, y comienzan a movilizarse e indignarse después de una fase de «silencio de las víctimas». Las secuelas que la crisis económica está dejando se miden en una sociedad crecientemente empobrecida en la que el empleo –y mucho más el empleo de calidad– deviene en un lujo, el poder adquisitivo de las clases medias se reduce, es mucho mayor el número de empresas que mueren que las que nacen, el crédito no fluye por las cañerías del sistema, se agota el impulso contra el cambio climático que proviene de la acción del hombre, y que hace

permanente inventario de las pérdidas (económicas pero también políticas) sufridas en el último lustro, cuando todavía no se ve la luz al final del túnel. Esta es la primera crisis en las últimas ocho décadas en las que los ciudadanos no creen en el mito del eterno retorno y saben que el punto de llegada será diferente (y peor) al de partida.

Cada uno de nosotros se pregunta cuándo me tocará a mí, lo que genera desarraigo e incertidumbre, un concepto equivalente al del miedo que caracteriza a la era moderna *líquida*, en palabras del sociólogo polaco Zygmunt Bauman, que ha teorizado que la modernidad iba a ser aquel periodo de la historia en el que se iban a dejar atrás los temores que dominaron la vida del pasado, los ciudadanos se iban a hacer con el control de sus vidas y domearían las fuerzas descontroladas de los mundos político, social y natural.

Crece la desigualdad en el interior de los países, como en otras ocasiones. La diferencia es que ahora lo hace, sobre todo, porque los pobres cada vez lo son más. En lugar de crecer las clases medias, aumentan los extremos del espectro: en uno de los laterales del ring, las élites, que están en plena rebelión y ya no quieren pagar los costes de su pertenencia a la sociedad, que se enriquecen más allá de toda lógica, exhiben sin vergüenza sus diferencias, se libran de la suerte de las mayorías, rompen el contrato social que los une como ciudadanos y abominan de los impuestos; en otro, los *desafiliados*, los que van quedándose por el camino de las crecientes dificultades, y multitud de jóvenes que ni siquiera han podido iniciarlo y que no conocen lo que es un empleo decente y estable, sea cual sea su nivel de cualificación. Se produce una *desocialización de la sociedad*, valga la redundancia. Estamos pasando del aburguesamiento del proletariado, que tanto le preocupaba antes a la izquierda, a la proletarización de las clases medias.

Un siglo después ha vuelto el debate entre la democracia y el mercado, como formas intrínsecamente inestables

de la organización de la sociedad. Hay una descompensación creciente a favor del segundo: la democracia pierde calidad y participación pública, mientras el mercado avanza en ausencia de normas y mediante abusos, escándalos y complicidades espurias con el poder político. La globalización realmente existente es un cuerpo deforme en el que el brazo derecho, el económico, se muestra mucho más vigoroso que el político. En 1942, Schumpeter describió al capitalismo y la democracia como reñidos entre sí. Luego, durante una larga etapa, convivieron y se reforzaron mutuamente. Ambos se limitaban: el mercado, esencia del individualismo, paliaba la influencia y las intromisiones de lo político en la intimidad de la gente, lo que garantizaba una mayor adhesión a la democracia; esta, como espacio público, aumentaba la legitimidad del sistema mitigando la exclusión de los ciudadanos por parte del mercado. Desde hace tres décadas, ese equilibrio se ha roto y la deformidad se ha acentuado. Al analizar las consecuencias de la Gran Recesión, Joseph Stiglitz ha escrito que la crisis económica ha hecho más daño a los valores fundamentales de la democracia «que cualquier régimen totalitario en tiempos presentes». Si no se encuentra pronto la capacidad de intervención política que pueda resistir la detonación de los mercados y haga compatibles los intereses contrapuestos de la sociedad global, no podrá hablarse de democracia.

Hay un fuerte factor diferencial en esta crisis, el paro: 200 millones de personas, el 6% de la población activa del planeta, pertenecen a su ejército de reserva. En el caso de los jóvenes, la proporción se dobla: 80 millones de menores de 25 años no encuentran dónde emplearse y muchos centenares de millones más tienen un puesto de trabajo vulnerable por las condiciones en las que lo hacen y los escasos emolumentos que perciben. Si hay un país que padezca en carne viva este problema, ese es España, donde no solo el 20% de su población activa permanece en desempleo, sino en el que su desagregación permite hablar de

una crisis no solo económica sino social: el 40% son parados de larga duración y todos los meses decenas de miles de personas dejan de cobrar el seguro de desempleo porque el Estado del Bienestar estaba conformado para dificultades que no durasen tanto; el 46% de los menores de 25 años están en paro; casi millón y medio de hogares tienen tanto al hombre como a la mujer sin empleo; y se incrementan día a día los sustentadores principales de esos hogares (los que antes se denominaban «padres de familia», los que llevan el salario principal a las casas) sin nada que hacer, lo que es sinónimo de una tendencia creciente y rápida hacia situaciones de pobreza.

La Gran Recesión, la segunda crisis mayor del capitalismo después de la Gran Depresión de los años treinta del siglo pasado, ha generado tantos problemas y deja tantas huellas que se requerirá de un gran esfuerzo y mucho tiempo para superarlos. Se ha hablado de una *década perdida*. Se precisará de un amplio consenso de los líderes y las fuerzas políticas más representativas para recuperar la normalidad en la estación término de la crisis. Esta se encuentra en su fase más política. Un acuerdo excepcional para una situación insólita. Este pacto habría de basarse en un objetivo común: el bienestar de la población. Un acuerdo entre fuerzas diversas que representan a la mayoría, sin sujetar su contenido a una ideología concreta. Una política de reparto de la escasez, una austeridad compartida para recuperar la senda del crecimiento sostenible, que es el único modo de generar empleo, y una política de reformas para adaptarse a los nuevos tiempos, que serán muy distintos a los anteriores.

Un sistema no fracasa si no puede ayudar a sus bancos, pagar su deuda o volver a los equilibrios macroeconómicos (estos son objetivos intermedios); lo hace, en cambio, si no puede asegurar el bienestar de sus ciudadanos, si los hijos de estos no pueden vivir mejor que sus padres y se rompe la cadena del progreso. Un sistema yerra si no confluye en

el pleno empleo, aumenta la capacidad adquisitiva de la gente, el cuidado del medio ambiente y, sobre todo, si no respeta las decisiones de la mayoría protegiendo a las minorías. En nombre de la eficacia se ha procedido a una distribución regresiva de la renta y la riqueza, se ha esquilma-do a la naturaleza y unos pocos se han presentado como los únicos capaces de comprender y aplicar las recetas más adecuadas. ¡Qué falacia! ¡Qué saqueo!

Este es un libro dinámico y, por consiguiente incompleto. Está inacabado como la propia Gran Recesión y sus mil caras, y se basa en las vivencias y en las lecturas de su autor. Sobre algunos de los sucesos que aquí se describen –y que ya habían sido analizados en otros libros anteriores– ahora se tiene más perspectiva: han conducido, en definitiva, a la más profunda y larga contracción de un sistema, el capitalismo, cuyos mayores antagonistas reales no han sido los teóricos (el socialismo, los antisistema) sino los propios capitalistas, los más capitalistas de los capitalistas que han abusado de conceptos como la desregulación o la autorregulación, que no eran más que *tigres de papel*. En esta ocasión, al revés que en la Gran Depresión, pocos han hablado de destruir el capitalismo sino de refundarlo, embri-darlo, reformarlo o regularlo. No nos engañemos. Utilizando prestado el título de un libro del socialista italiano Giorgio Ruffolo, «el capitalismo tiene los siglos contados».

¿O no?

Capítulo I

LA ECONOMÍA DEL MIEDO

La ideología del miedo

Ivan Klima es un notable intelectual checo que sufrió no solo la represión nazi, con su internamiento en un campo de concentración, sino también la estalinista, que prohibió sus obras y le impidió ejercer como escritor. A principios de la década de los noventa del siglo pasado publicó *El espíritu de Praga*, una colección de ensayos de diversas procedencias en la que reflexionaba sobre el miedo de la sociedad en determinadas circunstancias y sobre la dialéctica entre los poderosos y los que aspiran a serlo. Eterno asunto. De forma sorpresiva, a uno le viene a la cabeza ese libro y autor (que fue el editor del diario del Sindicato de Editores checos durante la Primavera de Praga, en 1968) mientras reflexiona sobre algo aparentemente tan alejado como los efectos profundos de la Gran Recesión que padece el planeta desde el verano del año 2007, con una sociedad crecientemente empobrecida donde el empleo ha devenido casi en un lujo, y que hace inventario de las pérdidas sufridas en los últimos años –económicas, sociales, políticas...– cuando todavía no ve la luz al final del túnel. Uno puede aceptar el miedo y rendirse (para quien tiene miedo todo son ruidos), dice Klima, o bien blindarse ante él (el miedo como educador y heraldo de los cambios).

El temor ha sido siempre uno de los aliados más fieles del poder, que intenta que la población viva inmersa en él. La creación artificial de atmósferas de miedo obliga a los ciudadanos a blindarse frente a los contextos sociales. El

miedo que anida en el cerebro quebranta la resistencia, genera pánico y paraliza la disidencia; no hay poder en la Tierra que no haya confiado en alguna forma de terror. Tras un desastre –natural, político, económico– el miedo inicial deja paso a la ansiedad; la gente teme más los riesgos que se le imponen que los que acepta. Todos los esfuerzos por liberar al hombre han sido en realidad impulsos por liberarlo del miedo, para crear las condiciones en que no sintiera la dependencia como una amenaza; cuanto más asesino y más totalitario es el poder más priva al hombre de libertad porque lo que engendra es temor. Surge así lo que algunos han denominado *la ideología del miedo*, definido en el Diccionario de la Lengua Española de la Real Academia como una «perturbación angustiosa del ánimo por un riesgo o daño real o imaginario». El miedo como arma de dominación política y control social; el miedo como herramienta de destrucción masiva en la guerra de clases. A lo largo de la historia ha habido todo tipo de movimientos sociales y culturales fundamentados en esa sensación, habitualmente desagradable, provocada por la percepción de ese peligro real o supuesto, presente, futuro o pasado. El miedo no solo como construcción social sino también ideológica. Como es omnipresente y está arraigado, produce desconfianza y conflicto con el «otro», al que se atribuye la culpa de lo ocurrido o de lo que puede acontecer, y genera, por tanto, la necesidad de protegerse de él. Esa es la *ideología del miedo*, que llega a través de sus transmisores, los «fabricantes de miedo», muy vinculados en la contemporaneidad a los medios de comunicación de masas y a la información, comunicación y propaganda que se transmite instantáneamente a través de Internet.

El miedo se manifiesta cuando las relaciones de poder son muy extremas, máxime en la sociedad del riesgo que ha teorizado el alemán Ulrich Beck, en el falso amanecer de John Gray o en la niebla de nuestras vidas de Milan Kundera: se esfuman las certezas, lo garantizado, el *statu quo*, y

emergen la precariedad y el desasosiego paralizante. Antes ello ocurría en tiempo de guerras y represiones políticas – cuando los inquisidores llegaban a las ciudades medievales, cuando entraban en vigor las leyes raciales contra los judíos, cuando los negros veían arder delante de sus casas las cruces de madera instaladas por el Ku Klux Klan; en la Italia fascista, la Alemania nacionalsocialista, la España de Franco, la Unión Soviética de Koba el Cruel, la China de la revolución cultural; en la Camboya de los *jemeres* rojos, en la Argentina o el Chile de los militares, en la Libia de Gadafi o en la Siria de El Asad, etcétera– pero ahora el temor se expande y añade otra naturaleza a la tradicional. El miedo adopta rostros inéditos. Hoy no se trata solo de los temores tradicionales a la muerte, el infierno, la enfermedad, la vejez, la indefensión, el terrorismo, la guerra, el hambre, las radiaciones nucleares, los desastres naturales, las catástrofes ambientales, sino también –y no hay que banalizar las diferencias– del miedo a un nuevo poder fáctico que denominan «la dictadura de los mercados», que tiende a reducir los beneficios sociales y las conquistas de la ciudadanía económica del último medio siglo; miedo a quedarnos sin ese bien cada vez más escaso que se llama trabajo, a reducir nuestro poder adquisitivo, al subempleo, a la marginación económica y social. Esos son algunos de los temores contemporáneos. Y sobre ellos Klima escribe: «A diferencia de los anteriores usurpadores de poder, estas estructuras de poder no tienen rostro ni identidad. Son invulnerables a los golpes y las palabras. Su poder es quizá menos ostentoso, menos abiertamente declarado, pero es omnipresente y no cesa de crecer».

Este nuevo temor que se expande a la velocidad de la luz entre la ciudadanía (lo dicen todos los sondeos que se publican, que lo ponen por delante de cualquier otro problema cotidiano) paraliza las reacciones, incluso la del miedo al miedo mismo. El sociólogo francés Michel Wieviorka, declara en la prensa: «En una situación de crisis los actores

están cansados y las dificultades para sobrevivir provocan situaciones difíciles que rebajan la moral. La violencia y la conflictividad son más frecuentes cuando hay dinero y recursos. Pero cuando empieza la crisis la gente no entiende bien lo que pasa y está a la espera. El conflicto surge siempre que hay dominadores y dominados, pero en caso de crisis es todo el sistema el que no funciona, se crea desánimo y por eso no hay más conflicto. Existe un estudio muy famoso de la pequeña ciudad austriaca de Mariantal, muy industrial y con un partido socialdemócrata fuerte, que en los años veinte era muy conflictiva. Pero llega la crisis del 29, la capacidad de revuelta de la clase obrera desaparece y se entra en un estado de debilidad que incluso impide pensar. El siguiente paso fue el ascenso del nazismo».

El temor es una emoción que inmoviliza, que neutraliza, que no permite actuar ni tomar decisiones con naturalidad. Sabotea en muchas ocasiones la propia acción de resistencia. Incluso se extiende el miedo a equivocarse y a elegir mal, sin que la vida, en esas circunstancias, conceda una segunda oportunidad. Este miedo contemporáneo hace a todos susceptibles de ser dominados, subyugados por los que poseen la capacidad de generarlo: por los que ejercitan el poder, que someten a los miedosos y les inyectan pasividad y privatización de sus vidas cotidianas (el refugio del hogar), los culpabilizan y, a continuación, los castigan bajándolos de la escala social en beneficio de los primeros. El historiador y crítico social norteamericano Christopher Lasch, escribió en 1979: «Tras el torbellino político de los años sesenta, los ciudadanos sociales se repliegan a cuestiones meramente formales. Sin esperanzas de mejorar su vida en ninguna de las formas que verdaderamente importan, la gente se convenció de que lo importante era la mejoría psíquica personal: contentarse con los sentimientos, ingerir alimentos saludables, tomar clases de ballet o danza del vientre, imbuirse de la sabiduría oriental, caminar sin fin, trotar, aprender a relacionarse, superar el miedo al placer.